

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 14 de Enero de 1897

Núm. 321

MÚSICOS EMINENTES



Maestro Nicolau

Cuento de mentiras

Había una vez cierto país venturoso, cuyos destinos regía un gobierno consagrado exclusivamente al bien común, sin que entre los siete ministros que lo componían existiera uno solo á quien se pudiese acusar de negligencia, torpeza ó mala fe en el desempeño de su cometido.

¿Decís que es imposible?... Alzad los ojos, releed el título de este cuento... y esperad; ya parecerá la moraleja.

Era tal la prosperidad del susodicho país, con tanto vigor florecían y se desarrollaban en él ciencias, artes, letras, agricultura, industria... (y *aceitera*, *aceitera*... como dicen los chicos), que la nación vecina—donde por el contrario todo andaba manga por hombro y los gobernantes parecían jauría de canes que destrozan á dentelladas una presa, á ver cual se lleva mayor piltrafa—se reconcomía de envidia y ardía en curiosidad deseando saber en qué consistía el intrínquilis de la dicha de la otra nación—á la cual llamaremos Elisia, por distinguirla de su vecina y rival, que se nombraba Erebia.

Deseosos, pues, los que mangoneaban en Erebia de sorprender el secreto de la afortunada Elisia, reuniéronse, formaron una Junta oficial, y comisionaron á tres sabios que estudiasen el mecanismo del estado elisense, las instituciones y leyes que tan excelente resultado daban á sus naturales, y la razón de por qué en Elisia el monarca y sus consejeros rivalizaban en poner cada vez más alta la bandera de la moralidad y de la integridad política. Recorrieron los tres sabios el reino de Elisia de punta á cabo, preguntando más que el Catecismo, observando más que Noherlesoom, y tomando más apuntes que un revistero taurómaco.

Tres años enteros y treinta arrobas de papel por barba se gastaron en la investigación y en las voluminosas *Memorias* que *llevaron* á Erebia, para justificar el tiempo y dinero invertidos.

Mas cuando la Junta que les había conferido la comisión les recibió en sesión secreta y les rogó que, dejándose de cálculos, de tecnicismos y de datos estadísticos, resumiesen su parecer y concretasen en breves y sustanciosas palabras el misterio de la grandeza y ventura que disfrutaba Elisia, los sabios, unánimes, respondieron como sigue:

—Nada hemos encontrado en las leyes é instituciones del país de Elisia, que se diferencie esencialmente de las leyes é instituciones de Erebia, ó que les lleve ventaja. Tampoco los gobernantes que chuparon á Elisia son de superior talento ó de virtudes más altas que los que le chupan los tuétanos á Erebia. Nos hemos devanado los sesos para averiguar cómo, siendo esto así (y podemos afirmarlo), en Elisia andan las cosas de un modo tan distinto que en Erebia; cómo ellos medran y les luce el pelo, y á nosotros se nos cae á puñados.

Renunciando á exponer los detenidos cálculos, detalladas noticias y profundas disquisiciones que constan en papeles y que hemos debido realizar para dar á nuestros asertos base rigurosamente científica, declaramos bajo palabra de honor, que la clave del enigma no es otra sino la que vais á oír:

—«Las instituciones y leyes de Elisia no superan á las nuestras, lo repetimos, pero son efectivas; nadie permite que se falsee una institución; nadie deja quebrantar las disposiciones convenientes á todos. Los gobernantes de Elisia son hombres como los de aquí, con iguales vicios y flaquezas; pero están persuadidos de que, si el país les viese desviarse del recto camino, serían apedreados, arrastrados y lanzados á la honda sima donde cada año, simbólicamente acostumbra despenar á un asno y un zorro, indicando que tal será el destino de los funcionarios ineptos ó prevaricadores. Y como todo ciudadano de Elisia está resuelto á cumplir este programa, y es capaz de cumplirlo, de ahí la grandeza y la gloria de esa envidiable nación.»

.....
¿Qué si les dieron alguna recompensa á los tres sabios?

Lamento decir que varias crónicas erebienses hablan de que los pobrecitos fueron arrojados al mar, con una mordaza en la boca, mientras el verdugo quemaba sus escritos dentro de un horno cerrado, para que no volase alguna hoja y llegase á conocimiento del vulgo.

¿Preguntáis por la moraleja? No me la censuréis; yo misma reconozco que es tan trillada, tan resobadilla! Ahí vá...

—Cada país tiene el gobierno que merece y la suma de felicidad que sabe conquistarse.

EMILIA PARDO BAZÁN.

A la hora de entrar este número en máquina, no hemos recibido el artículo de CLARÍN

Alas de mariposa

Ráfaga de luz y grana
Mostraba allá en Oriente
El crepúsculo, esplendente }
Precursor de la mañana.

En los cálices silvestres
De recién nacidas flores
Lucían sus mil colores
Las mariposas campestres.

Un niño las perseguía
Y, arrancándoles las alas,
Todas sus brillantes galas
En una mano escondía.

Mostró el sol sus rayos de oro
Y el niño alegre y ufano
Abrió la cerrada mano
Para mirar su tesoro.

¡Qué es esto! exclama al momento
El incauto simplecillo,
Viendo un ligero polvillo
Que se disipa en el viento.

¿De qué te asombras, mi amor,
Clama su madre querida,
Si es polvo la humana vida,
Polvo la planta y la flor!

Ese despojo que vuela
Y que á tus ojos se esconde,
Mejor que yo te responde
Y el triste fin te revela.

Calló la madre amorosa;
Y él en edad tan temprana
Vió escrita la ley tirana
Con alas de mariposa.

DOMINGO RAMÓN HERNÁNDEZ.

Los desengaños del mundo

A. PÉREZ

—Hijo querido del alma!
—Madre del alma querida!
—Vuelves al pecho la calma!
—Tú al corazón das la vida!
—Vienes triste, acongojado.
—Triste, acongojado vengo;
—¿Qué tienes, hijo adorado?
—No sé, madre, lo que tengo!

Cuando el hogar dejé ansioso,
El bien juzgaba fecundo;
Y el corazón candoroso
Soñó la dicha en el mundo.

Hoy, dolorido suspira;
Lo ahogan los desengaños.
Mis cabellos, madre, mira!
¡No es la nieve de los años!

—Blancos están tus cabellos
De un rubio ayer tan brillante!
—Nevó el dolor sobre ellos!
Blanquearon en un instante!

El pensamiento golpeando
Sin cesar aquí en la frente,
Sus raíces fué secando
Y encanecí de repente.

—Tus ojos eran risueños...
—Las lágrimas los nublaron;
Que en pos de dorados sueños
Sólo decepción hallaron.

Vieron donde quiera el vicio
De su poder orgulloso,
Ofrecer en sacrificio
El débil al poderoso.

La virtud, hija del cielo,
Olvidada en su retiro,
Sin atreverse en su duelo
¡Ay! ni á exhalar un suspiro.

—Encanto del alma mía!
Ven y llora entre mis brazos:
Mitigarán tu agonía
Mis maternales abrazos.

Para aliviar tus pesares
Diré, con tierno cariño,
Aquellos dulces cantares
Que oías cuando eras niño;

Y si esto á borrar no alcanza
Tu inquietud y tu desvelo,
Cifra, hijo, tu esperanza
En la eterna paz del cielo!

—Sí, con tu amor, madre mía,
Volverá al pecho la calma,
Ya que perdió su alegría
Entre martirios el alma;

Y del hogar al abrigo,
Con este pesar profundo,
Madre, lloraré contigo
Los desengaños del mundo.

DIEGO JUGO RAMÍREZ.



Limpieza del almacén

Mi album de retratos

Perico el fenómeno

A la edad en que todos los chicos juegan á bolos, á soldados, á trompos y altarcicos, Perico Cervallos era ya un sér reposado, grave, enemigo de fruslerías infantiles, pareciendo comprender las transcendencias de la vida y las utilidades de una educación severa. Sabía mucha gramática, mucha geografía é historia, no poca aritmética, y cuando á los diez años le metieran en el Instituto de 2.^a enseñanza, sus exámenes de ingreso dejaron lelos á los profesores.

En aquel establecimiento, Perico hizo verdaderos prodigios. ¡Qué modo de aprender latín y griego, geometría y álgebra, historia natural y física, retórica y psicología y ética! Los catedráticos no tenían para él más que elogios y sonrisas; le querían, le festejaban, citándole como modelo, atizándole á cada primera octava de Junio cada sobresaliente que era un gusto.

Claro está que como compañero no valía un pito. Un abismo nos separaba á nosotros, escolares mediones y sin pizca de amor propio, ni científico, de aquel pozuelo de ciencia siempre formalote y serio que no tomaba jamás parte en nuestros juegos ni consintió nunca en hacer novillos; nos cargaba el tal fenómeno.

¡Fenómeno!... De tal le calificara solemnemente, en plena cátedra, el reverendo Cuello, uno de nuestros profesores. Y realmente lo era; no sólo por su aplicación, por lo mucho que sabía, por el prurito que le dominaba de engolfarse en el estudio continuo, incesante, á una edad en que las risas, los saltos, los juegos y el poco apego á los libros

W. BOUGUEREAU



Recuerdos de Italia

constituyen circunstancias características; éralo también por su aspecto, por su físico, hasta por su indumentaria. Tenía todo el aire de un viejo, con su mirada reflexiva, severa, su entrecejo fruncido, indicando la labor interna de hondas meditaciones; su boca, que se abría únicamente para despedir latines, helenismos, teoremas y argumentos; su cuerpo entero encorvado por el peso de una sabiduría precoz; sus ademanes acompasados; su andar solemne; su traje de color obscuro y de corte cuáquero. Recuerdo que cuando le propinaron el bachillerato tras unos exámenes morrocotudos, le metieron dentro de un levitón negro, inmenso; de unos pantalones negros también cuyos arrastraban por el suelo; de un sombrero de copa que se le hundía hasta las orejas. «Ahora, chico, si que estás hecho verdaderamente un fenómeno», le dijo Paco Vereda que soportaba con mucha resignación la vergüenza de un triple suspenso.

* * *

Perico Cervallos emprendió luego la carrera de Filosofía y Letras, en donde debía esperarle el más brillante porvenir. Sus catedráticos juraban y perjuraban que había nacido para eso.

Pasé cosa de tres años sin verle; después le ví todas las noches en un café. Un café á donde le llevaba su padre para que discutiese por

LOS HÉROES DE LA GUERRA DE CUBA



El comandante Cirujeda

todo lo alto, con seis ó siete señores mayores que formaban una peña muy ilustrada, muy grave, muy austera, en donde se debatían las más intrincadas cuestiones sobre política, sociología, teología, historia, etc., etc.

¡Y cómo se despachaba allí Perico, luciendo su ciencia y su parla, haciendo extremos de oratoria y de academicismo, en períodos redondos, hilvanados según las más sanas prescripciones del arte, exuberantes de dialéctica robusta, irrefutable, tremebunda!... Sus respetables oyentes le oían silenciosos, moviendo de cuando en cuando la cabeza de arriba á abajo; alguno de ellos apuntaba, al final de un párrafo una objeción, un reparo; y Cervillos disparábase de nuevo, meneando la sin hueso con un aplomo y una soltura que le valía miradas de admiración del camarero.

Y cuando se levantaba el orador tras una peroración brillante para marcharse, vertía aún, en pie, un postrero argumento de conclusión y de remate... Luego desaparecía majestuoso, mientras que su auditorio cambiaba impresiones en frases laudatorias pronunciadas con acento entre benévolo y protector:

— Se explica el chico...

— Y se explica bien, hay que confesarlo.

— Me parece que irá lejos.

— Si que irá, porque lo que es valer, vale.

— O mucho me engaño ó algún día hemos de verle ocupar un sitio predominante en la sociedad.

Y el camarero, metiendo la pata, decía:

— *Menistro* será con el tiempo; ya se lo tengo dicho.

* * *

Pasaron más años, catorce ó quince, durante los cuales volví á perder completamente de vista á mi antiguo condiscipulo. Aun, en los primeros tiempos de ese período, encontrábale de tarde en tarde, y entonces no perdía Cervillos la ocasión de morigerarme con lenguaje desdeñoso y altisonante, que apestaba á dómine. Así es que concluí por cobrarle verdadero miedo; en cuanto le veía venir por la calle, enfundado en su invariable levita negra, de un corte inverosímil, moviendo sus largos remos y echada la cabeza hacia atrás, con gesto dominador, de verdadera superioridad sobre el montón anónimo de transeuntes, apretaba yo á correr, huyendo de mi fenómeno. Hasta que pareció haberse eclipsado por completo cual uno de esos rutilantes cometas que después de brillar en el espacio se pierden sin dejar rastro.

Pero hételo que el otro día me lo encuentro de súbito al doblar una esquina. No me vió él; pero yo pude contemplarle á mi sabor y con sentimiento de hondísima tristeza. Magro, escuálido, casi *esquelético*, horriblemente envejecido, greñoso, mal afeitado, andaba con la cabeza baja, sirviendo de pastor á una docena de párvulos que salían de la escuela y á los cuales conducía, uno tras otro, á sus respectivos domicilios. Y daba lástima verle tiritar de frío debajo de su raída vestimenta de verano, salpicada de lodo hasta la cintura y hundir con torpe paso sus botas destalonadas, informes en el espeso tapiz de barro que cubría la calle.

Un momento, su mirada se cruzó con la mía y creo que también él me reconoció; así me lo hizo creer el fugitivo rubor que de pronto coloreó su faz pálida y adolorida. Pero volvió en seguida la cabeza y prosiguió su triste etapa.

— ¡Pobre fenómeno!... — dije á media voz, suspirando.

Y un caballero reluciente, bien vestido, escandalosamente gordo, que pasaba junto á mí, miróme con ojos irritados...

JUAN BUSCÓN.

Al obrero

Pasó por siempre la edad
En que el mundo te negaba
Los sacrosantos derechos
Que la razón te señala;
Pasó la noche terrible
En que de angustia llorabas,
Viendo surgir en tu cielo
La imagen de la desgracia;
Pasó ese tiempo de prueba,
Cual todo en el mundo pasa,
Y hoy aparece en tu cielo
El iris de la esperanza.
La justicia te presenta
El esplendor de sus galas;
Te brinda en sus perfumes
La libertad sacrosanta,
Y la ciencia te concede
Sus coronas y sus palmas.

Sigue tranquilo tu senda,
Que al final de la jornada
Hallarás la recompensa
Que los mártires alcanzan.
Ve á recoger las coronas
Con que el porvenir te halaga,
Porque es la dicha de todos
La fraternidad soñada.
Mas para alcanzar el fruto
De ese porvenir, no basta
Que el pensamiento lo quiera,
Sino que lo quiera el alma.
Se necesita la fe,
Se necesita constancia;
Amar á todo el que sufre,
Y protestar con el alma
Ciega obediencia á las leyes
Y eterno amor á la patria.

ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRARI.

C. BOURGONNIER



Visión de Otoño

Por lograr una conquista

Cuento de hace dos siglos

Erguido, con su sombrero á orza, adornado con vistoso trencellín de diamantes, su traje negro, cabestrillo de oro, su valona llana, sus pulidos zapatos con rosas de colonia azul, sus medias de pelo y sus ricas ligas; rizado, perfumado, y puesta la espada en tiros cortos, iba don Juan de Santos Espinel, camino de la iglesia del Buen Suceso, predilecta de las damas y de los lucidos de la época.

Con paso lento y aire provocador, como corto de vista que era el de Espinel, esforzabase en atisbar á las muchas beldades y empinadas doncellas, que envueltas en sus tocas y embozadas en sus mantos, llevaban su misma dirección.

Apenas llegó don Juan á la lonja del templo, cuando una airosa dama de esbelto talle y de pies breves y diminutos encerrados en finísimos chapines, penetró en la iglesia entre el quejumbroso clamoreo de una legión de pobres y las finezas de los lindos, que, más por exhibirse y presumir que por devoción, acudían los días de fiesta al atrio del Buen Suceso, para dirigirse después á las *gradas de San Felipe*, «solaz de ociosos, mercado de mentiras y cita de pretendientes».

No hay para qué decir que don Juan lanzóse en persecución de la dama.

Durante el ceremonial, el elegante doncel, haciendo caso omiso del lugar en que se encontraba, dirigía de vez en cuando extremadas lisonjas á una fea y vieja tarasca, que arrodillada á su lado, con recogimiento y devoción rezaba al Todopoderoso, sin escuchar las tiernas frases del enamorado galán, á quien la miopía le hacía creer requebraba á la airosa joven de los chapines.

Terminada la misa y fuera ya del templo, vió don Juan que un bulto con faldas subía á uno de los coches que aguardaban frente á la puerta, y deseoso de cerciorarse de si era ó no su bella, á empellones y sin comedimientos de ninguna clase, fué haciéndose paso por entre la multitud que por aquel sitio discurría.

De pronto, un amojamado y encopetado caballero descarga sobre don Juan una terrible y sonora bofetada. Con la precipitación, el de Espinel le había destrozado un pie y estropeado un rico zapato negro con clavetes y virillas de plata. Don Juan, ciego de ira, y casi ciego de nacimiento, comenzó á repartir golpes y más golpes á derecha é izquierda, á damas, galanes, pajes y silleteros.

Aquella misma tarde tenía lugar un lance entre don Juan de Santos y Espinel y su agresor, siendo herido levemente el de Espinel por su contrario; y dos horas después de celebrado el desafío, recibía don Juan una carta concebida en los siguientes términos:

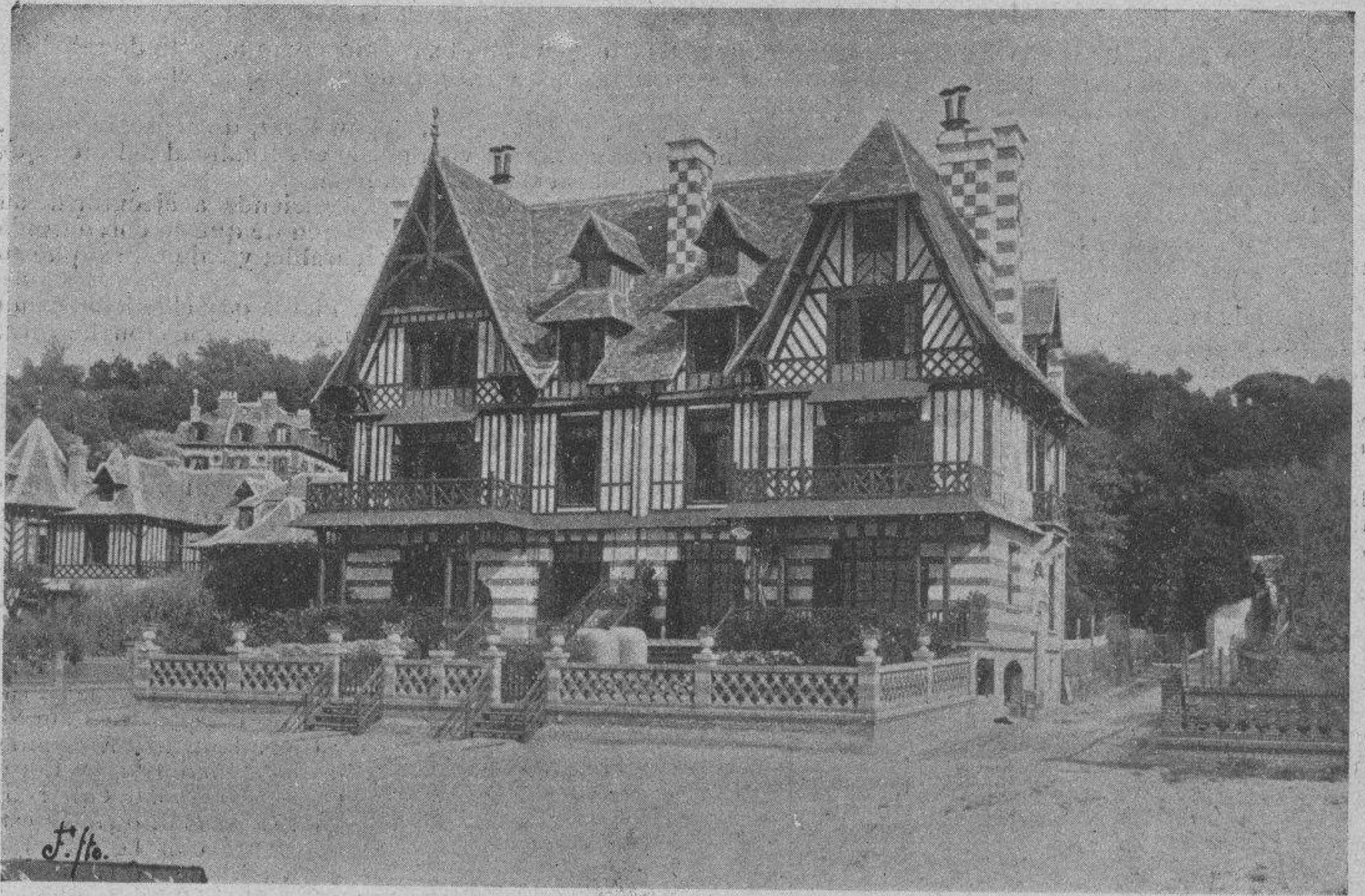
«Mi querido señor Espinel: deploro de todo corazón lo ocurrido esta mañana á la salida del templo. Según supe más tarde, pugnábais por haceros paso para acercaros á mi coche y hablarme de un asunto de importancia para los caballeros del milagro y cofrades del hampa. Si es así, decidme á qué hora podré mañana ir á visitaros. — El capellán del Buen Suceso, *Iñigo de Carvajal*».

ANTONIO SOLER.



Fr. FEHR. — Excelsior

ALREDEDOR DEL MUNDO



CRONVILLE.— Casa normanda



DUNKERQUE.— Parque del Jardín de la Marina

El suicidio

Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica anatematiza justamente el suicidio como un acto de rebelión contra la voluntad divina; porque en efecto, desertando el lugar que Él nos ha señalado en el mundo, violamos el deber de obediencia que nos liga á Dios.

Tampoco la filosofía moderna le da cuartel; pues siendo el hombre, según Kant, una entidad moral, carece de derechos sobre sí y tiene la obligación de conservar su vida por la eventualidad del bien que pueda hacer á sus semejantes, cualquiera que sea la insignificancia de su condición.

De ello se deduce, que, llámase Judas Iscariote y juez de su propia causa, descienda á ejecutor de su misma sentencia; ó apellídese Catón y Bruto y asuma el sentimiento de indignación de que su corrompida patria carece, el suicida, como consecuencia, produce en todo caso un mal irreparable; y bajo este supuesto hay que combatirlo sin tregua ni reposo.

Pero de ahí á establecer conclusiones terminantes, asegurando los unos con Platón que el suicida es un cobarde, ó afirmando otros con Séneca y los demás estoicos, que el suicidio es una determinación heroica, media un abismo que no es prudente saltar.

Las causas que lo motivan, las circunstancias que lo acompañan, el fin que lo produce, atenúan ó agravan el hecho; y aunque el resultado sea siempre vituperable, el moralista no dejará de reconocer que, entre un caso y otro, puede recorrerse desde el *alpha* de la estulticia hasta el *omega* de la abnegación.

Juan Robeck, educado en la religión reformista, se convierte al catolicismo en Westfalia y permanece largo tiempo entre los jesuitas en Rinteln. Parecía lo lógico que, fortalecido su espíritu con las revelaciones de la fe, huyera el pecado, como había huído las impiedades de la filosofía del siglo XVIII, en todo su apogeo en el instante de su conversión.

Y sin embargo; llega á Bremen, escribe la apología del suicidio en su: *Excercitatio philosophica de morte voluntaria* y acaba su vida arrojándose al Wese. ¿Fué un cobarde, según el autor del *Phedon* ó un héroe

según el maestro de Nerón? Ni lo uno ni lo otro. Nacido en Calmar, predispuesto á la melancolía por las brumas de los pantanos suecos y transplantado á Alemania, lejos de encontrar en la patria del astrónomo Olbers un alivio á su mal, tórnase éste incurable con la nostalgia del canal de la Gothia. Y como el tísico sucumbe á la asfixia, Robeck da con el suicidio, que es por lo común el término del hipochondríaco. Era, pues, un enfermo.

El ejemplo es otra influencia á la cual rara vez se sustrae el hombre. La moda, esa consecuencia de nuestro espíritu de imitación, en la que á mi juicio no es la culpa del que la inventa, sino del que la sigue, arrastra como un torrente aun á las naturalezas menos vulgares. No de otro modo se explica, que el más profundo de los críticos modernos, el gran disector del corazón humano, el insigne y nunca bastante llorado *Figaro*, que en una de sus aceradas sátiras hacía befa del inexperto mozalbete que *aun cree en el amor de la mujer*, confiase á una bala el castigo de su credulidad y la cura de un desengaño en la edad viril. Pero si su época tenía vicios de contextura que él había sabido fustigar con su privilegiada organización, su sociedad estaba también envuelta en una atmósfera de romanticismo que no podía eludir, pues constituía el aire respirable de su elemento, el traje de las pasiones de aquella estación, cuyo último figurín le imponían sus contemporáneos.

Este fenómeno sigue repitiéndose en nuestros días, si bien obedeciendo á un orden de ideas distinto. La

BOUGUEREAU



Lucha

LOS SOBERANOS DE LA TIERRA



La reina y el rey de Dinamarca

moda presente es la rebelión contra toda idea de superioridad. El suicida de los tiempos del Werther con sus escurraduras de caballero andante y sus anacronismos de paladín de las Cortes de amor, era al menos la víctima de las preocupaciones de su edad. El suicida de hoy, revolviéndose contra todo lo que está sobre él, es un faccioso. El primero decía: «Os abandono; perdonadme». El segundo grita: «Me libro de vosotros; os desprecio».

Y es lógico. La negación de toda entidad divina trae consigo el ensoberbecimiento de la personalidad humana. ¿Qué puede existir sobre el sér que no ve más que á sí mismo? De aquí que la notoriedad constituya la única recompensa posible de su conducta y cambie la obscuridad de la resignación por la triste gloria del crimen.

Aun resuena en nuestros oídos el clamor de asombro arrancado á los parisienses por el suicidio de la Feyghine. Sus panegiristas se empeñan en presentárnosla como una mujer nacida para amar y humillada por la condición de manceba á que la había reducido el duque de M... Por fortuna, para los fueros de la verdad, nos salen al paso el hotel adquirido como precio de la infamia y la fúnebre visita de la actriz en casa de su amante. La que ama se entrega, pero no se vende; la que sucumbe á la vergüenza, cae en un rincón de la escena del mundo y no prepara el artificioso golpe de efecto teatral. La notoriedad era su objetivo; lo buscó en la dramática sin conseguir hallarla. Ella misma declaró, que, si su éxito en *La Extranjera* no era ruidoso, se mataría ante los espectadores.

¿Por qué, pues, no ha de suponerse que aspiraba á trocar la corona de talco de guardarropía por la ducal diadema, cuando tantos ejemplos está dando el vicio de que con osadía se escalan todas las ambiciones? Como hay malvados que asesinan por echárselas de valientes, hay criaturas que se destruyen por no parecer vulgares. ¡Lamentable celebridad! Para estas notabilidades de terror no existe mejor medicina que el fiasco del silencio. Lo que más teme la vanidad es una tumba sin epitafio.

Tal es el influjo del ejemplo, tanto el poder atractivo de la imitación, que en época no muy remota dióse el caso en el cuartel de Inválidos de París de aparecer ahorcado cada quince días uno de aquellos ilustres mutilados de Austerlitz y Jena. Pero lo notable del hecho es que todos elegían, para teatro de su ejecución, una puerta sobre la que había clavada una enorme escarpia. La primera reproducción de la tragedia, trajo consigo admoniciones de los jefes para con los subordinados; la segunda hizo redoblar la vigilancia; las subsiguientes valieron penas severísimas á los que, con razón ó sin ella, eran señalados como instigadores del suicidio. Mas como el mal creciese y todo remedio resultase ineficaz, ocurriósele al médico del establecimiento mandar arrancar el clavo; y desde aquel punto no se volvió á registrar una nueva catástrofe. Entre los corderos de Panurgo y el pobre mortal, suele no haber á veces más diferencia que las lanas.

La locura producida por el desarreglo de las pasiones, es la que con más frecuencia conduce á tan trágico fin; locura que por no estar bastante determinada, se confunde á menudo con predisposiciones especiales del ánimo, hijas de hondos sufrimientos. Recuerdo el caso de un condiscípulo mío á quien muy de tarde en tarde solía ver después de nuestra salida del colegio. Un día, ya éramos hombres los dos, me lo encuentro en la calle y le pregunto qué es de su existencia.



T. ROBERT FLEURY. — Último día de Corintio (detalle)

—Mal,—me responde.—Estoy arruinado y no vislumbro solución á mi problema. Si al menos se muriese mi padre, heredaría.

Semejante deseo en un hijo que no era un malvado, no podía provenir sino de un principio de enajenación mental. Sus actos, no obstante, no infundían la menor sospecha, y sus más íntimos apenas si le calificaban de atolondrado. Pocos meses después se pega un tiro.

—Disgustos de familia,—dicen unos.

—Pérdidas en los negocios,—exclaman otros.

—Locura, locura, repito yo para mis adentros.

Por fortuna, sino para el arrepentimiento del suicida, que siguió siendo el mismo, para esclarecimiento de la verdad, mi condiscípulo sobrevivió al balazo, si bien sucumbió años más tarde á consecuencia de él; y por confesión propia supo todo el que quiso oírle, que había tomado aquella determinación porque una mujer mercenaria, á la que había estado comprando sus favores por largo tiempo y con quien había reñido semanas antes, no quiso aceptar una proposición de matrimonio que le hizo la víspera para resarcirla del disgusto que le causará el rompimiento.

Si esto no es la locura sin válvula de desahogo como el vapor sin escape, allá va el estallido. Arrodillado ya delante de una imagen de la Virgen y amartillada el arma para cometer el atentado, recordó que le faltaba un capítulo para acabar una novela de Dumas que le interesaba mucho. Trocó, pues, la pistola por el libro, se enteró del desenlace y satisfecha su curiosidad, volvió á puntarse al corazón; que Dios no quiso que se lo partiera para que la apoteosis del vulgo no usurpara, en esta ocasión, los derechos al médico alienista.

Pero si la enfermedad, la extravagancia, el extravío mental y corrientes del ejemplo, son, en la mayoría de los casos, el impulsor del suicidio, tampoco puede negarse que la exacerbación de un sentimiento elevado, la exageración de un deber y el fanatismo de la rectitud, son capaces de confundir la alucinación con el heroísmo.

He aquí un ejemplo histórico que el filósofo racionalista y el católico ferviente calificarán de muy distinto modo:

Hace más de veinte años anunció *La Correspondencia* el suicidio de un hombre á quien ni nombraba; pero que en la época de Plutarco acaso hubiera merecido un puesto entre sus héroes.

Era el tal, padre de una numerosa familia y poco sonreído de la fortuna. Avido de mejorar la situación de los suyos, presentóse á licitación en una subasta de carreteras, constituyendo en depósito la cantidad que componía su menguado capital, completada con los préstamos de más de una mano caritativa. Adjudicadas que le fueron las obras, disponíase ya á emprender con la esperanza de un beneficioso resultado, cuando apercibióse el infeliz de que en sus estudios previos había omitido una circunstancia tan esencial, que con este gravamen la especulación que juzgó productiva se tornaba ruinosa.

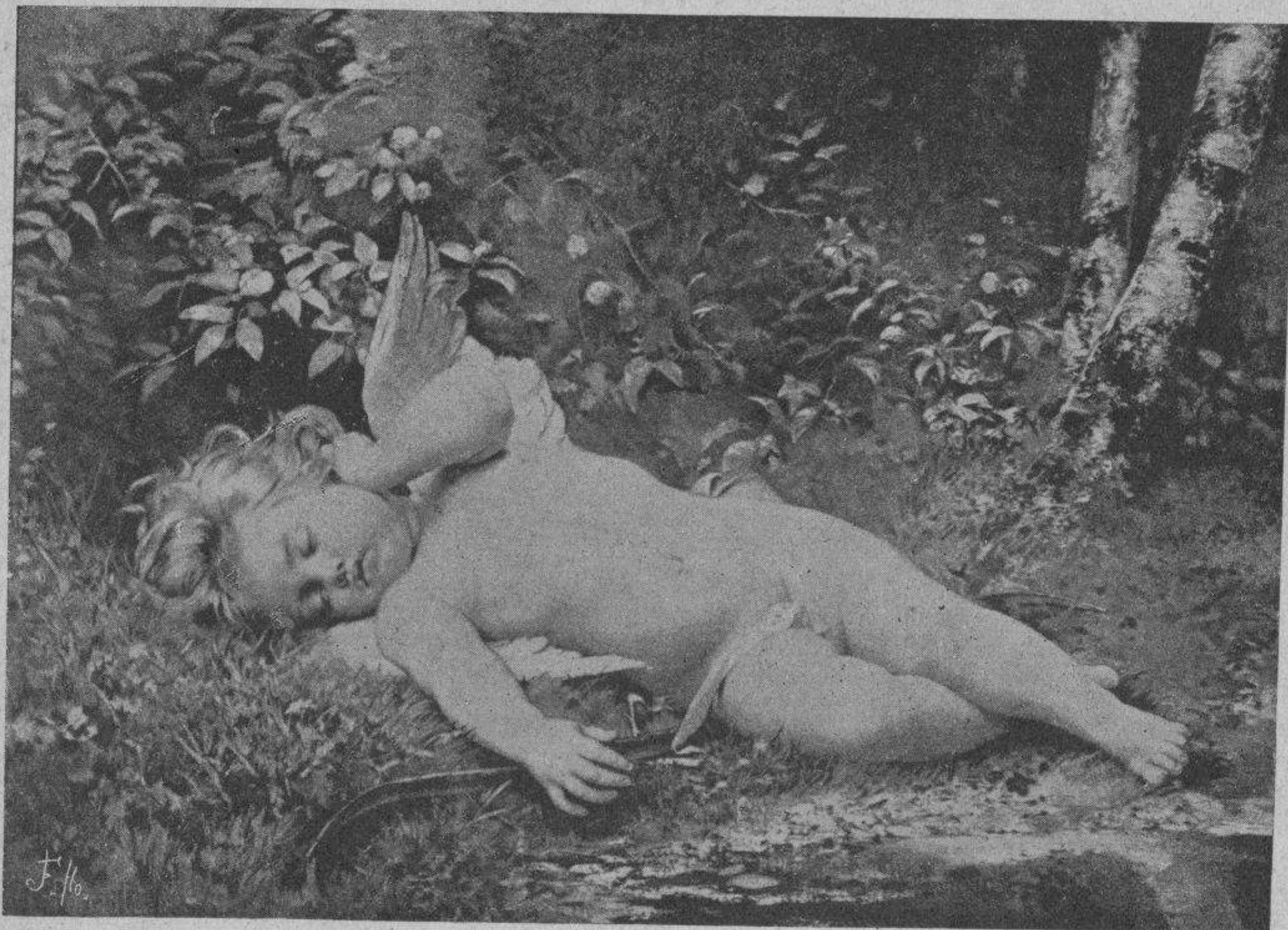
Viendo comprometidos los intereses de sus hijos y los de sus protectores, intentó ceder sus derechos; pero nadie aceptó el traspaso de la adjudicación ni con pérdidas de importancia. En tal estado, dirigióse al Ministerio con el propósito de anular el contrato y salvar la fianza, su único patrimonio; pero la ley estaba terminante. El depósito tenía que perderse si se faltaba al cumplimiento de la obligación, pues sólo en caso de muerte del concesionario, antes de que los trabajos dieran comienzo, podía devolverse la suma á sus herederos.

El desgraciado padre no pensó más; dirigióse al Prado y pagó con su vida el préstamo de sus bienhechores y el pan de mañana de sus hijos.

¿Fué un cobarde que no se atrevió á afrontar al porvenir? Me parece absurdo.

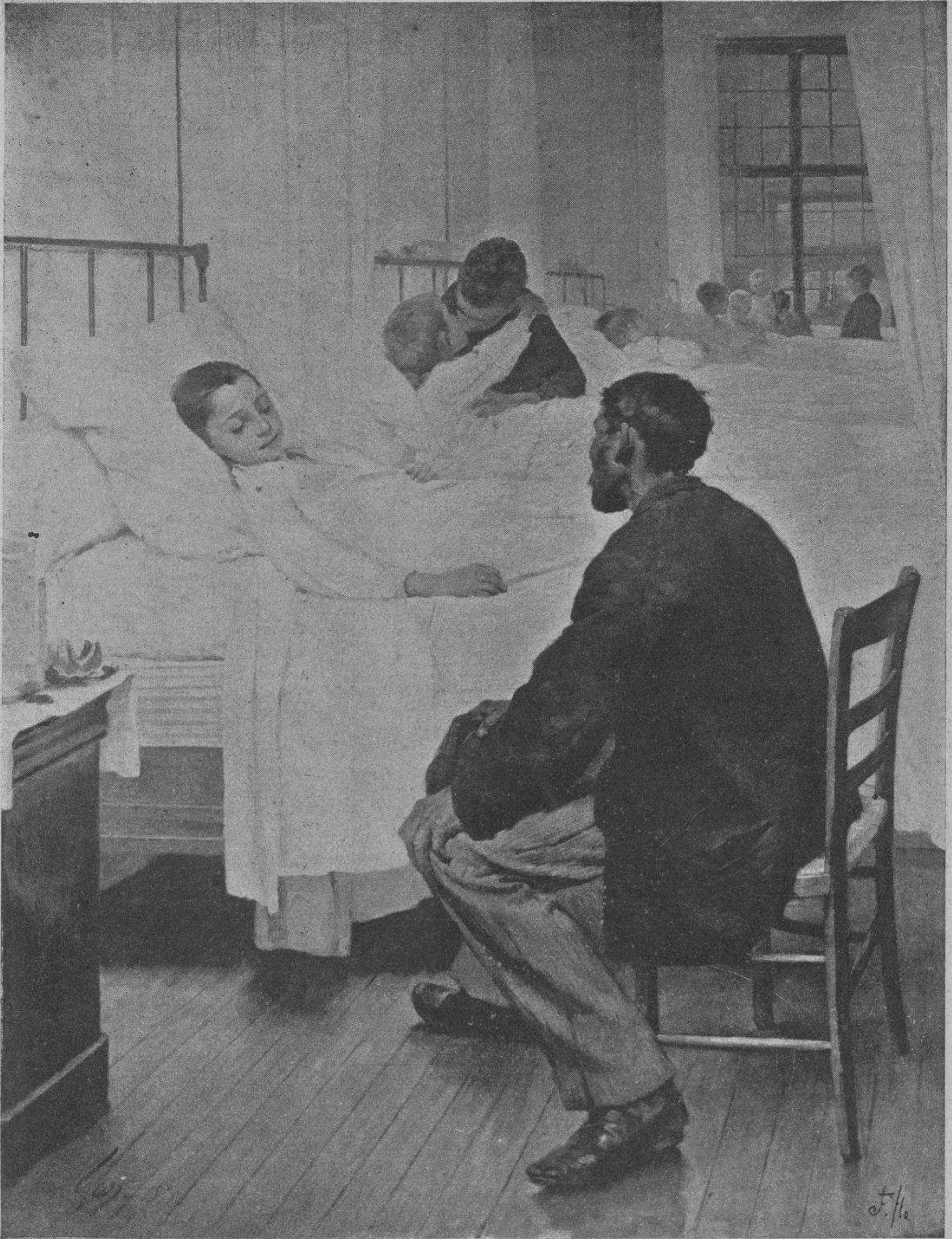
¿Fué un héroe al sacrificarse por los otros? Que lo afirme el ateo: yo creo en Dios.

ENRIQUE GASPAR.



L. PERRAULT.—El amor dormido

GEOFFROY



Una visita

El Rey del Fuego

(BALADA)

Lleva consigo las bendiciones de los genios malévolos, que son las verdaderas maldiciones.

(Cuento oriental.)

I

Valientes caballeros, nobles damas, prestad atención á los acordes de mi arpa. Os hablaré de amor, de guerra, de prodigios; y tal vez en medio de vuestra satisfacción, os arranque un suspiro la historia del conde Alberto y de la tierna Rosalía.

II

¿Veis ese castillo sobre la escarpada roca? ¿Veis esa hermosa joven que llora? ¿Veis

ese peregrino que regresa de Palestina? Su traje está adornado de conchas y en la mano lleva el bordón.

III

«Peregrino, buen peregrino, ¿qué noticias traes de la Tierra Santa? ¿Han llegado nuestros ejércitos á las murallas de Jerusalem? ¿Qué hacen nuestros guerreros? ¿Qué hace la flor de nuestra nobleza?»

JOYAS DEL ARTE

IV

«La victoria nos sonríe en las riberas del Jordán. Gilead, Namplusa y Ramah están en nuestro poder. El cielo premia la fe de nuestros caballeros al pie del Líbano; los paganos huyen y los cristianos triunfan.»

V

En las trenzas de la hermosa castellana brilla una cadena de oro. Rosalía se la quita y la coloca sobre la blanca cabeza del viejo peregrino. «Peregrino, buen peregrino, recibe esta cadena en pago de las gratas nuevas que me traes de la Tierra Santa.»

VI

Dime, peregrino, ¿has visto en la Palestina al valiente conde Alberto? Cuando la luna se eclipsó ante la victoriosa cruz, ¿no figuraba el conde Alberto como uno de los primeros cristianos al pie del monte Líbano?

VII

«Noble señora, el árbol se cubre de follaje, el arroyo recorre el valle con sus argentinas aguas, vuestro castillo desafía á los sitiadores y la esperanza nos halaga y seduce; pero ¡ah! bella castellana, todo en la tierra florece para morir.

VIII

»Las hojas de los árboles se marchitan, el rayo estalla



MURILLO.—La visión de San Antonio



A. TORRES FOT.
VIGORIO-2-SARNA

Una valenciana

y hunde castillos y baluartes, el límpido cristal de las fuentes se enturbia y la esperanza huye... El conde Alberto ha caído prisionero en el Líbano.»

IX

Rosalía coge un caballo rápido como el relámpago; empuña una excelente y fiel espada y se embarca para la Palestina, resuelta á arrancar al conde Alberto de la esclavitud del sultán.

X

¡Ah! el conde Alberto se acuerda poco de la hermosa Rosalía; el conde Alberto estima en poco su fe y su juramento de caballero. Una hermosa mahometana ha conquistado su voluble corazón. Esta mahometana es la hija del sultán que reina en el Líbano.

XI

«Valiente cristiano, le ha dicho, si quieres conseguir mi amor es preciso que cumplas cuanto te mande. Acepta nuestras creencias y nuestras leyes; esta es la primera prenda de cariño que te pide Zulema.

XII

En seguida bajarás á la caverna donde eternamente brilla el fuego misterioso que adoran los curdos. Allí velarás en silencio tres noches; esta es la segunda prenda de amor que recibirá Zulema.

XIII

Por fin consagrarás tus conocimientos y tu valor á expulsar de la Palestina á los malditos cristianos. Cuando hayas hecho esto aceptaré tu título de esposa, porque habrás probado que amas á Zulema.»

XIV

Alberto arroja á un lado el casco y la espada, cuya empuñadura forma una cruz; renuncia al título de caballero y reniega de su Dios, seducido por la belleza de la sultana del monte Líbano. Se pone el capitán verde y cubre su cabeza con el turbante.

XV

Cuando llega la noche baja á la cueva que guardan cincuenta verjas y cincuenta puertas de hierro, y vela hasta la vuelta de la aurora, pero no ve nada más que la llama que brilla sobre el altar de piedra.

XVI

La princesa se asombra y el sultán participa de su sorpresa; los sacerdotes murmuran mirando á Alberto; registran sus ropas y encuentran un rosario que arrojan también.

XVII

Baja de nuevo á la caverna y vela toda la noche escuchando el lejano silvido de los vientos; pero nada de extraordinario hiere sus ojos ó sus oídos; la llama continúa brillando sobre el solitario altar.

XVIII

Los sacerdotes murmuran y el sultán se asombra más y más, mientras aquellos entonan sus cantos mágicos. Registran nuevamente los vestidos de Alberto y encuentran sobre su pecho la señal de la cruz, impresa por su padre.

XIX

Los sacerdotes se esfuerzan en borrarla y lo consiguen al fin. El apóstata vuelve al antro misterioso, pero al bajar oye una voz que le habla al oído; es la del Angel de la Guarda que le dice: Adiós.

XX

Los cabellos se le erizan, el corazón palpita agitado; retrocede cinco pasos, temeroso de seguir su camino; pero el corazón se había endurecido... y muy pronto el recuerdo de la hija del monte Líbano, borra todos sus remordimientos.

XXI

Apenas ha atravesado el primer arco de la bóveda subterránea, oye el silvido del viento en los cuatro puntos cardinales; las puertas de hierro se conmueven y rechinan sobre los goznes; el terrible rey del fuego llega en alas del huracán.

XXII

La caverna tiembla á su aproximación; la llama se engrandece con nuevos destellos; las explosiones volcánicas de las montañas proclaman la presencia del rey del fuego.

XXIII

Los ojos no pueden medir su estatura, ni distinguir sus formas: el huracán es su aliento, el trueno su voz. ¡Ah! el valeroso corazón del conde Alberto debió conmoverse al ver al rey de las llamas envuelto en su aureola de terrores.

XXIV

Su mano empuña una espada azulada que brilla á través del humo; el monte Líbano se conmueve con el eco de su voz: «Con esta espada, le dice, vencerás hasta el día en que invoques á la Virgen ó á la Cruz.»

XXV

Una mano medio velada por las nubes le entrega el acero encantado. El infiel la re-

BOICHARD



Oriental

cibe inclinando la rodilla. El trueno retumba en lontananza y la llama se apaga tan pronto como el fantasma desaparece en alas del huracán.

XXVI

El conde Alberto se une á los guerreros musulmanes. Su corazón es perverso, pero su brazo es todo poderoso. La Cruz cede y la media luna triunfa, desde el momento mismo en que el conde ha abrazado la bandera de los enemigos de Cristo.

XXVII

Desde los cedros del Líbano hasta las riberas del Jordán, las arenas de Sanaar se empaparon de sangre de los valientes. Por fin, los caballeros del Temple y los de San Juan vinieron con el rey de Salem á socorrer á los soldados de la Cruz.

XXVIII

Al ruido de los címbalos contesta el sonido de los clarines; las lanzas se hallan prontas y los dos ejércitos vienen á las manos. El conde Alberto derriba caballos y caballeros, atravesando las filas de los cristianos para encontrar al rey Baldunio.

XXIX

El escudo que adorna la roja cruz es una defensa inútil contra la espada mágica que blande el conde Alberto; pero un paje se coloca contra los dos combatientes y hiende el turbante del fiero renegado.

XXX

El golpe es tan violento que el conde baja



CASAS. — Apunte

la cabeza hasta el pomo de la silla, como si rindiese homenaje al escudo del cruzado. Al mismo tiempo se le escapan involuntariamente estas palabras: *¡Ampárame, Virgen María!*

XXXI

La espada mágica ha perdido todo su valor y cae de las manos del conde, desapareciendo para siempre.—Algunos dicen que un relámpago la devolvió al tremendo monarca del fuego.

XXXII

El conde rechina los dientes y extendiendo la mano, armada con un guantelete, derriba de un golpe sobre la arena, al joven temerario. El roto casco del paje deja entrever unos ojos azules y los dorados rizos de su cabellera.

XXXIII

El conde Alberto reconoce horrorizado aquellos ojos mortecinos y aquellos cabellos regados con sangre; pero ya los soldados del Temple bajan como el torrente del Cedrón, y con el hierro de sus largas picas inmolan á los soldados musulmanes.

XXXIV

Los sarracenos, los curdos y los israelitas retroceden ante los religiosos guerreros, y los buitres se sacían de cadáveres infieles desde las fuentes de Bethsaida hasta las colinas de Nefthali.

XXXV

La batalla ha terminado en la llanura de Bethsaida... ¿Quién es ese infiel tendido entre los muertos? ¿Quién es ese paje inmóvil á sus pies?... El uno es el conde Alberto, el otro la hermosa Rosalía.

XXXVI

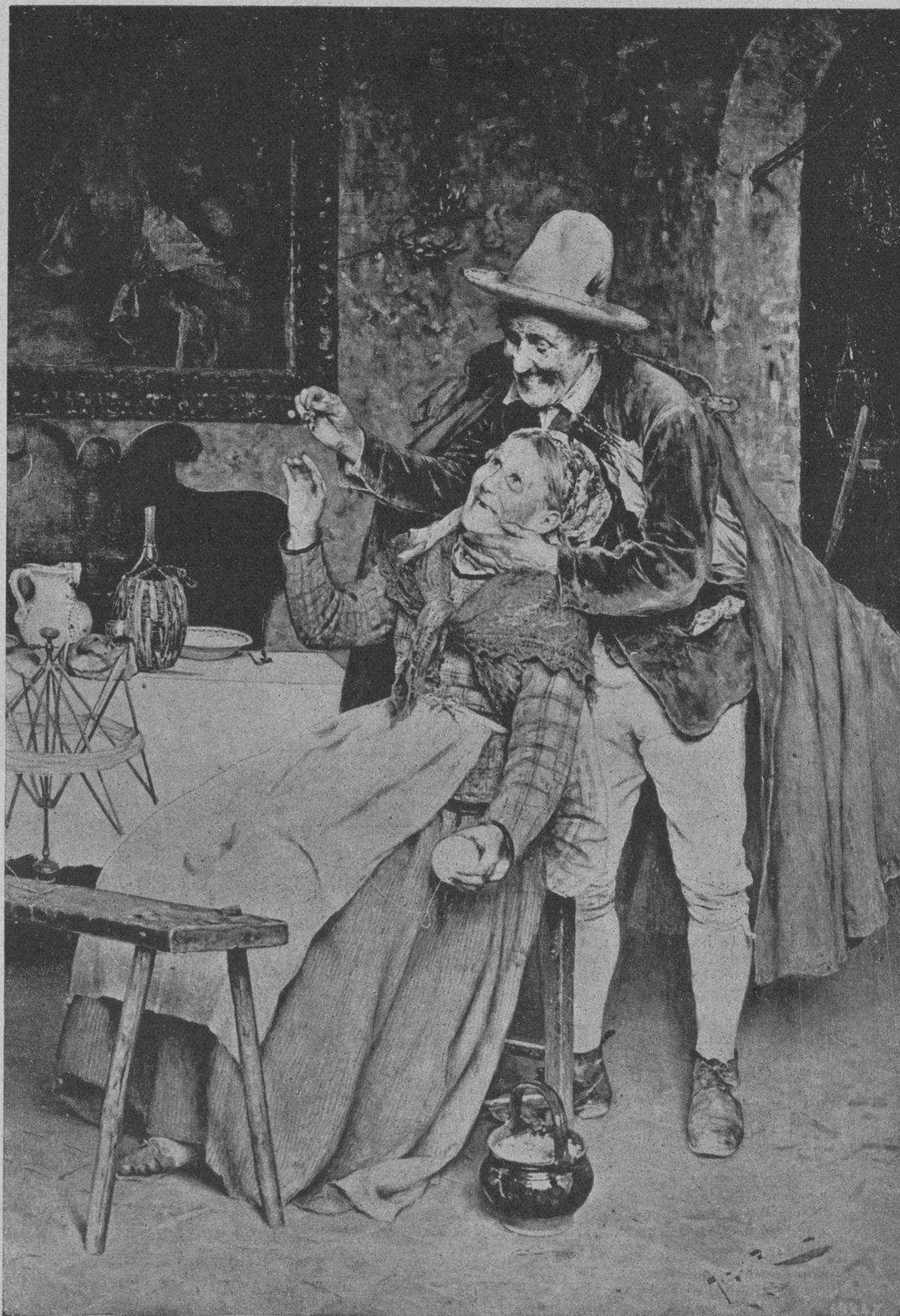
La joven cristiana fué enterrada en el cementerio cristiano de Salem; el conde fué abandonado á los buitres y á los chacales. La Santa Virgen recibió en su seno el alma de Rosalía; la de Alberto la llevó el huracán al rey de las llamas.

XXXVII

De este modo cantó el bardo á los acordes de su arpa el triunfo de la Cruz y la derrota de la media luna. Los caballeros y las damas interrumpieron su alegría para exhalar un suspiro al escuchar la historia del conde Alberto y de la bella Rosalía.

WALTER SCOTT.

ARTURO RICCI



Las bodas de oro



PIOT.—La calceta

◆

Cantares con sorpresa

¿Que qué le harán á tu novio
que es abogado de fama?
Yo creo que le harán juez...
diez minutos de parada.

Me he comprado una levita
de lo mejor en su clase;
pañó de *Sedán*... lecciones
á precios convencionales.

Aunque tu madre se opone
y yo te adoro, serrana,
nunca te diré que *apeles*...
fué un pintor de mucha fama.

No te cases en tu vida
que son malas las mujeres
y todo aquel que se casa...
en muy buen sitio. Se vende.

A la orillita del mar
me fui con mis pensamientos
y, apenas llegué, una *ola*...
me alegro de verte bueno.

Si será limpia mi novia
que, porque sucio me vió,

al entrar hoy en su casa
me ha lavado... sea Dios.

Mi corazón, niña hermosa,
en amor por ti se quema,
y salen llamas y llamas...
y ninguno te contesta.

Al bendito San Antonio
le rezo por tu cariño;
pero él no hace caso; ¡si es
de-ta-lla-me lo ocurrido!

Porque me viste con otra
ya dices que no me quieres;
¡conque, si supieses que era
la Margarita... en Loeches!

Mira tú si será tímida
y vergonzosa Pilar,
que delante de la gente
se corta... el pelo á real.

Ya se que hay bastantes vates
que solicitan tu amor
y les hacen redondillas
á tus pies... comendador.

FEDERICO CANALEJAS.

LUIS DE SCHRYVER



Las primeras flores



Como verán nuestros lectores en el presente número, no sólo hemos aumentado de una manera inverosímil el número de páginas de nuestro periódico, sí que además intercalamos algún artículo en letra de cuerpo pequeño.

LA SAETA es hoy el semanario que da más grabados y más lectura de cuantos se publican en España.

Para dentro de pocos números preparamos una sorpresa fenomenal.

—❖—

Para el día 20 de Febrero se anuncia en Niza el estreno del drama lírico *La Dolores*, de cuya protagonista se encargará la célebre diva Adelina Patti.

Se hacen grandes elogios de la obra y se espera un éxito colosal.

Víctima de una congestión pulmonar, ha pasado á mejor vida nuestro queridísimo amigo y colaborador, el ilustrado periodista don Juan Juñer Vidal.

Su irreparable pérdida ha sido muy llorada por sus numerosos amigos.

Acompañamos en su grande y legítimo sentimiento á su desconsolada familia, deseando para ella consuelo en la tierra y para el finado la gloria en el cielo.

Ha sido preso en París un individuo que era todo lo que se llama un caballero de industria.

Como vestía elegantemente y sus modales eran los más distinguidos, pronto se hizo notar en los sitios más frecuentes por el todo París que se divierte. Ostentando siempre joyas diferentes y de mucho precio, fijaron en él su atención las demimondaines de moda, con las cuales se mostraba espléndido.

Dicho individuo hacíase pasar por un ingeniero que había permanecido algunos años en Australia, en donde logró pingües ganancias. Dueño de una gran fortuna, y

poseedor de sumas considerables que decía tenía depositadas en el Crédito Lionés, las horizontales le abrían de par en par las puertas de sus casas.

Pero el sabio ingeniero, el Creso australiano, el *sportman* elegante, no era otra cosa que un antiguo mozo de café que, aprovechando los descuidos de sus amigas, las desbalijaba de las joyas de más valor que luego vendía por segunda mano, obteniendo así crecidos ingresos.

Las horizontales jamás sospechaban de él, pero la fatalidad ha querido que una de ellas le sorprendiera *in fraganti*. Detenido el ladrón y registrado su domicilio, se han encontrado en éste gran cantidad de alhajas de mujer y tarjetas de las mujeres que hoy tienen más boga en París.

—❖—

Un noble, que tenía muy bien sentada su reputación de cobarde, preguntaba á un avaro:

—¿Qué placer os proporciona el ir atesorando escudos y no gastar ninguno?

—Encuentro en ello la misma satisfacción que á vos os causa el llevar espada.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR
V. SUÁREZ CASÁN *

PROPIETARIO
PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *—

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. —Barcelona